

Karl Marx

Friedrich Engels

El manifiesto  
comunista



Karl Marx  
y Friedrich Engels  
El manifiesto comunista

Traducción de Lara Cortés

*ediciones península*

Título original: *Manifest der Kommunistischen Partei*

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com);

91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

Primera edición: enero de 2017

© de la traducción del alemán: Lara Cortés Fernández, 2017

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2017

Ediciones Península,  
Av. Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

VÍCTOR IGUAL S. L. - fotocomposición

LIMPERGRAF - impresión

DEPÓSITO LEGAL: B-23.586-2016

ISBN: 978-84-9942-559-7

## ÍNDICE

Introducción a la edición alemana de 1872	9
Prólogo a la edición rusa de 1882	13
Introducción a la edición alemana de 1883	17
Prólogo a la edición inglesa de 1888	19
Introducción a la edición alemana de 1890	27
Introducción a la edición polaca de 1892	35
A los lectores italianos	39
EL MANIFIESTO COMUNISTA	43
I. Burgueses y proletarios	47
II. Proletarios y comunistas	65
III. Literatura socialista y comunista	77
1. El socialismo reaccionario	77
1a) El socialismo feudal	77
1b) Socialismo pequeñoburgués	79
1c) El socialismo alemán o socialismo «verdadero»	81
2. El socialismo conservador o socialismo burgués	85
3. El socialismo y el comunismo crítico-utópicos	86
IV. La posición de los comunistas con respecto a los diferentes partidos de la oposición	91

# EL MANIFIESTO COMUNISTA

# I

## BURGUESES Y PROLETARIOS<sup>5</sup>

La historia de todas las sociedades que han existido hasta ahora<sup>6</sup> es la historia de las luchas de clases.

5. Se entiende por «burguesía» la clase de los modernos capitalistas, que son propietarios de los medios sociales de producción y se benefician del trabajo asalariado.

Se entiende por «proletariado» la clase de los modernos trabajadores asalariados, que, por carecer de medios de producción propios, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo para sobrevivir. (*Nota de Engels a la edición inglesa de 1888.*)

6. Concretamente, nos estamos refiriendo a la historia que ha llegado hasta nosotros por vía escrita. En 1847, la prehistoria de la sociedad, es decir, la organización social anterior a toda la historia escrita, era prácticamente desconocida. Desde entonces, sin embargo, Haxthausen ha descubierto en Rusia la propiedad común de la tierra, Maurer ha demostrado que dicha propiedad fue la base social de la que proceden históricamente todas las tribus germanas y, poco a poco, se ha determinado que la forma social primitiva, desde la India hasta Irlanda, estuvo constituida por agrupaciones de aldeas en las que existía una propiedad colectiva de la tierra. Finalmente, fue Morgan quien identificó la organización interna de esta primera sociedad comunista, en su forma característica, a través de su descubrimiento culminante acerca de la verdadera naturaleza de la *gens* y su posición en la tribu. Al disolverse este modelo colectivo inicial, la sociedad comenzó a dividirse en clases específicas y, en último término, enfrentadas entre sí. He tratado de seguirle la pista a este proceso de disolución en mi obra *Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und des Staates*, Stuttgart, 1882, segunda

Libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales de gremio, en definitiva, opresores y oprimidos, han estado permanentemente enfrentados, han librado una lucha incesante entre sí, en ocasiones velada y otras veces abierta; una lucha que ha concluido sistemáticamente con una transformación revolucionaria de toda la sociedad o con el hundimiento generalizado de las clases combatientes.

En los primeros momentos de la historia nos encontramos, prácticamente en todas partes, con una división total de la sociedad en diferentes niveles, con un múltiple escalonamiento de las posiciones sociales. En la antigua Roma tenemos patricios, caballeros, plebeyos y esclavos; en la Edad Media, señores feudales, vasallos, maestros y oficiales de gremio y siervos, y a ello hay que añadir subdivisiones especiales en prácticamente todas las clases.

La sociedad burguesa moderna, surgida del hundimiento de la sociedad feudal, no ha eliminado estos enfrentamientos entre clases. Sencillamente, ha establecido nuevas clases, nuevas condiciones de opresión y nuevas formas de lucha en el lugar de las anteriores.

Sin embargo, nuestra época, la época de la burguesía, se distingue por haber simplificado los enfrentamientos entre clases. La sociedad en su conjunto se encuentra cada vez más dividida en dos grandes frentes enemigos, en dos grandes clases directamente antagónicas: la burguesía y el proletariado.

De los siervos de la Edad Media surgieron los villanos\*

---

edición (hay trad. cast.: *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, Fundación Federico Engels, Madrid, 2006). (*Nota de Engels a la edición inglesa de 1888.*)

\* En la primera acepción que registra el Diccionario de la lengua española de la Real Academia Española de la Lengua: «Vecino o habitador del estado llano en una villa o aldea, a distinción de noble o hidalgo». (*N. de la t.*)

de las primeras ciudades; de estos villanos surgieron los primeros elementos de la burguesía.

El descubrimiento de América y la circunnavegación de África brindaron nuevas tierras a la incipiente burguesía. El mercado de las Indias Orientales y de China, la colonización del continente americano, los intercambios con las colonias y la multiplicación de los medios de cambio y las mercancías en general provocaron un florecimiento sin precedentes del comercio, la navegación y la industria, y, con ello, un rápido desarrollo del elemento revolucionario dentro de la sociedad feudal, ya en plena decadencia.

El funcionamiento feudal o gremial que la industria había mantenido hasta ese momento demostró ser insuficiente para responder a la creciente demanda de los nuevos mercados. La manufactura ocupó su lugar. El estamento medio industrial reemplazó a los maestros de los gremios. La división del trabajo entre las diferentes corporaciones cedió terreno ante la división del trabajo en el interior de cada taller.

Pero los mercados siguieron creciendo, como también lo hizo la demanda. Llegó un momento en el que tampoco la manufactura daba abasto. Entonces, el vapor y la maquinaria revolucionaron la producción industrial. La manufactura fue sustituida por la gran industria moderna, y el estamento medio industrial, por los millonarios industriales, los jefes de armadas fabriles completas, los modernos burgueses.

La gran industria creó el mercado mundial, cuyas bases había sentado ya el descubrimiento de América. El mercado mundial dio lugar a un desarrollo inconmensurable del comercio, la navegación y las comunicaciones terrestres, desarrollo que, a su vez, contribuyó a la expansión de la industria. A medida que el comercio, la navegación, los fe-



rrocarriles y la industria se expandían, la burguesía crecía, multiplicaba sus capitales y relegaba a un segundo plano a todas las clases heredadas de la Edad Media.

Comprobamos, pues, que la burguesía moderna es, en sí misma, el fruto de un largo proceso de evolución, de una serie de profundos cambios en los modos de producción y transporte.

Cada una de estas etapas de la evolución de la burguesía vino acompañada del correspondiente avance político. La burguesía, estamento oprimido por el dominio de los señores feudales, asociación<sup>7</sup> armada y autogestionada en la comuna,<sup>8</sup> república urbana independiente, tercer estado sujeto al pago de impuestos de la monarquía, contrapeso de la nobleza en la era de las manufacturas dentro de las monarquías estamentales o absolutas, base principal de las grandes monarquías, en general, logró finalmente, desde la aparición de la gran industria y del mercado mundial, hacerse de forma exclusiva con el control político en el Estado representativo moderno. De hecho, el Estado moderno no es más que una comisión que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa.

La burguesía ha desempeñado en la historia un papel sumamente revolucionario.

Allá donde ha conquistado el poder, ha destruido todas

7. Así es como denominaban los habitantes de las ciudades italianas y francesas a sus comunidades urbanas después de comprar o arrebatar a sus señores feudales los primeros derechos de autogestión. (*Nota de Engels a la edición alemana de 1890.*)

8. En Francia se conocía como «comuna» a cualquier nueva ciudad, incluso antes de que pudiera arrancar a su señor y amo la facultad de autogestión local y los derechos políticos como «tercer estado». En general, mencionamos aquí a Inglaterra como país modelo del desarrollo económico de la burguesía, y a Francia como país modelo de su desarrollo político. (*Nota de Engels a la edición inglesa de 1888.*)

las relaciones feudales, patriarcales o idílicas. Ha rasgado sin piedad los abigarrados lazos feudales que unían a los individuos con sus superiores naturales y no ha dejado entre persona y persona más vínculo que el del puro interés, el del frío «pago al contado». Ha ahogado en las gélidas aguas del cálculo egoísta el sagrado temor del fervor piadoso, del entusiasmo caballeresco, de la melancolía pequeñoburguesa. Ha disuelto la dignidad personal en el valor de cambio y, en el lugar de las numerosas libertades garantizadas y legítimas, ha instaurado una única libertad, la del comercio sin escrúpulos; en el lugar de la explotación maquillada con ilusiones religiosas y políticas, ha instaurado una explotación abierta, insolente, directa y sin ambages.

La burguesía ha despojado de su halo de santidad a todas las actividades que en el pasado se habían considerado loables y merecedoras de un piadoso respeto. Ha convertido a médicos, juristas, sacerdotes, poetas y hombres de ciencias en sus empleados.

Ha despojado a las relaciones familiares de su velo emotivo y sentimental y las ha reducido a una mera relación monetaria.

Ha puesto de manifiesto cómo la brutal manifestación de la fuerza —que el reaccionarismo tanto admira de la Edad Media— encuentra su complemento perfecto en la más absoluta indolencia. Solo ella ha demostrado lo que puede provocar la actividad humana. Ha edificado maravillas muy diferentes a las pirámides egipcias, a los acueductos romanos y a las catedrales góticas; ha emprendido movimientos muy distintos de las migraciones y las cruzadas.

La burguesía no puede existir sin revolucionar constantemente los instrumentos de producción, es decir, las relaciones de producción, es decir, todas las relaciones sociales. A diferencia de ella, todas las clases industriales anteriores

necesitaron, para existir, que se mantuvieran intactos los antiguos modos de producción. La época burguesa se distingue de todas las demás por su permanente transformación de la producción, por la constante sacudida de todas las circunstancias sociales, por una inseguridad y un movimiento eternos. Todas las relaciones fijas y oxidadas, con su séquito de ideas y conceptos respetados desde hace largo tiempo, se disuelven; todas las nuevas envejecen antes de que puedan siquiera osificarse. Todo lo estamental y lo establecido se evapora, todo lo sagrado se profana, y las personas acaban viéndose obligadas a contemplar su posición en la vida y sus relaciones recíprocas con ojos desapasionados.

La necesidad de expandir constantemente las ventas de sus productos empuja a la burguesía a lanzarse por todo el globo terráqueo. Tiene que establecerse en todas partes, tiene que sembrar en todas partes, tiene que entablar relaciones en todas partes.

A través de la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado una forma cosmopolita a la producción y al consumo en todos los países. Para desgracia de los reaccionarios, ha destruido la industria nacional. Las antiquísimas fábricas locales se están desmantelando día tras día, si es que no se han desmantelado ya. Se sustituyen por nuevas industrias, cuya implantación es una cuestión vital para todas las naciones civilizadas; industrias que ya no transforman las materias primas locales, sino las de las zonas más remotas, y cuyos productos ya no se consumen solamente en el país, sino en todos los rincones del planeta simultáneamente.

En lugar de las antiguas necesidades, que se satisfacían con artículos locales, aparecen otras nuevas que requieren productos de los países y climas más alejados. En lugar de las antiguas autarquías y aislamientos locales y nacionales,

aparece un tráfico multilateral, una dependencia multilateral entre naciones. Y todo ello afecta tanto a la producción material como a la espiritual. Los productos espirituales de cada país se convierten en patrimonio común. La particularidad y la estrechez nacionales son cada vez menos factibles, y a partir de las múltiples literaturas nacionales y locales surge una literatura mundial.

Mediante la rápida mejora de todos los instrumentos de producción y una comunicación cada vez más y más fácil, la burguesía empuja a todas las naciones, incluso a las más bárbaras, hacia la civilización. Los económicos precios de sus mercancías son la artillería pesada con la que derriba todas las murallas chinas, con la que obliga a los bárbaros a abandonar su odio más tenaz hacia los extranjeros. Fuerza a todas las naciones a adaptarse —si no quieren desaparecer— a los modos burgueses de producción y a introducir en su propio terreno la supuesta civilización, es decir, a convertirse en naciones burguesas. En suma: crea un mundo a su imagen y semejanza.

La burguesía es la responsable de que el campo haya quedado sujeto al dominio de la ciudad. Ha construido urbes gigantescas, ha aumentado enormemente la población de la ciudad frente a la de las zonas rurales y, al hacerlo, le ha arrebatado a una significativa parte de los ciudadanos la especificidad local de la vida en el campo. Y del mismo modo que ha obrado en el caso de las zonas rurales con respecto a la ciudad, ha provocado una dependencia de los países bárbaros o semibárbaros con respecto a los países civilizados, de los pueblos campesinos con respecto a los pueblos burgueses, de Oriente con respecto a Occidente.

La burguesía va mermando cada vez más la fragmentación de los medios de producción, la propiedad y la población. Ha aglomerado a la población, ha centralizado los medios

de producción y ha concentrado la propiedad en unas pocas manos. La consecuencia inevitable de todo ello es la centralización política. Provincias independientes, prácticamente apenas aliadas, con intereses, leyes, gobiernos y aranceles distintos, se han visto reunidas en una nación, con un Gobierno, una legislación, un interés nacional de clase y una línea aduanera comunes.

En sus apenas cien años de dominación como clase, la burguesía ha creado fuerzas de producción más masivas y colosales que todas las generaciones anteriores juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, la maquinaria, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación a vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la roturación de continentes enteros, la transformación de los ríos en vías navegables, las poblaciones surgidas de repente, como brotadas del suelo... ¿Quién habría podido imaginar en siglos pasados que las entrañas del trabajo de la sociedad ocultaran semejantes fuerzas productivas?

Así pues, hemos visto que los medios de producción y transporte que permitieron el surgimiento de la burguesía tuvieron su origen en la sociedad feudal. En una cierta fase de su desarrollo, las relaciones a partir de las cuales la sociedad feudal producía e intercambiaba, la organización feudal de la agricultura y la manufactura, las relaciones feudales de propiedad, en suma, dejaron de corresponderse con las fuerzas productivas que se habían ido desarrollando entretanto. En lugar de fomentar la producción, la frenaban. Se convirtieron en otras tantas trabas. Había que disolverlas. Y se disolvieron. En su lugar, surgió la libre competencia, con su consiguiente estructuración social y política y el dominio económico y político de la clase burguesa.

Ahora, ante nuestros ojos, está teniendo lugar un movimiento similar. Las relaciones burguesas de producción y

transporte, las relaciones burguesas de propiedad, la sociedad burguesa moderna, que ha creado medios tan potentes de producción y transporte, se asemeja a un brujo que hubiese perdido el control sobre las fuerzas demoníacas a las que ha conjurado. Desde hace varios decenios, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de la sublevación de las fuerzas productivas modernas contra las relaciones de producción modernas, contra las relaciones de propiedad que constituyen los requisitos imprescindibles para la supervivencia de la burguesía y su dominación.

Basta recordar las crisis comerciales, que, con su recurrencia periódica, constituyen una amenaza cada vez más seria para la supervivencia de toda la sociedad burguesa. En estas crisis, una buena parte de los productos fabricados e incluso de las fuerzas productivas ya creadas se destruye regularmente. En ellas estalla una epidemia social que en cualquier época pasada se habría contemplado como un sinsentido: la epidemia de la sobreproducción. De repente, la sociedad se encuentra de nuevo en un estado de momentánea barbarie; una carestía, una guerra generalizada de exterminio parecen impedirle el acceso a todo tipo de víveres; se diría que la industria y el comercio están acabados. ¿Y por qué? Porque se dispone de demasiada civilización, de demasiados víveres, de demasiada industria, de demasiado comercio. Las fuerzas productivas con las que se cuenta ya no sirven para fomentar las relaciones burguesas de propiedad; antes al contrario, resultan demasiado vigorosas para tales relaciones, que suponen para ellas un freno; y tan pronto como logran escapar de este freno, arrastran a toda la sociedad burguesa al desorden y ponen en peligro la existencia de la propiedad burguesa. Las relaciones de la burguesía son ya demasiado encorsetadas como para abarcar la riqueza que ellas mismas han creado.

¿Y cómo supera la burguesía las crisis? Por una parte, mediante la destrucción forzosa de una parte considerable de las fuerzas productivas; por otra, mediante la conquista de nuevos mercados y una explotación más intensiva de los antiguos. ¿Cómo, en definitiva? Preparando crisis cada vez más multilaterales y violentas y reduciendo los medios que permiten evitar dichas crisis.

Las armas con las que la burguesía derrotó al feudalismo se dirigen ahora contra ella misma.

Pero la burguesía no solo ha forjado las armas que causarán su propia muerte; también ha engendrado a los hombres que empuñarán esas armas: los obreros modernos, los proletarios.

En la medida en que la burguesía, es decir, el capital, se desarrolle, lo hará también el proletariado, la clase de los obreros modernos, que solo pueden vivir si encuentran trabajo y que solo encuentran trabajo si su trabajo multiplica el capital. Estos obreros, que se ven obligados a venderse por piezas, constituyen una mercancía como cualquier otro artículo del comercio y, en consecuencia, se ven expuestos de igual modo a todas las vicisitudes de la competencia, a todas las oscilaciones del mercado.

Con la difusión de la maquinaria y con la división del trabajo, la labor de los proletarios ha perdido todo su carácter autónomo y, por tanto, todo su atractivo para quienes la desempeñan. El trabajador es ya una pieza más de la máquina, a la que solo se le exigen las operaciones más sencillas, más monótonas y más fáciles de aprender. Así pues, el único coste que genera el obrero es prácticamente el de los alimentos que necesita para mantenerse y para reproducir su estirpe. Ahora bien, el precio de una mercancía y también el del trabajo es igual a su coste de producción. Por eso, cuanto más desagradable es el trabajo, más se reduce el

salario. Es más, cuanto más se multiplican la maquinaria y la división del trabajo, más lo hace también la cantidad de trabajo, ya sea a través de la ampliación del horario laboral, del incremento del número de tareas que hay que realizar en un tiempo dado, de la aceleración del ritmo de las máquinas, etc.

La industria moderna ha convertido el pequeño taller del maestro patriarcal de gremio en la gran fábrica del capitalista industrial. Las masas de trabajadores que se hacían en ella se organizan conforme a una estructura militar. Se disponen como si fueran soldados fabriles rasos bajo la vigilancia de una jerarquía completa de suboficiales y oficiales. No solo son esclavos de la burguesía, del Estado burgués, sino que también se ven esclavizados día tras día y hora tras hora por la máquina, por el capataz y, sobre todo, por el burgués productor concreto que los emplea. Este despotismo resulta aún más mezquino, más odioso y más irritante cuanto más abiertamente proclama que el lucro es su objetivo.

Cuanta menos habilidad y manifestación de fuerza requiere el trabajo manual, es decir, cuanto más se desarrolla la industria moderna, más se ven los hombres sustituidos en el trabajo por las mujeres. Las diferencias de sexo y edad ya no tienen ninguna relevancia social para la clase obrera. Ya solo hay instrumentos de trabajo, que generan costes diferentes en función de su edad y su sexo.

Cuando la explotación del obrero por parte del productor ha concluido y aquel recibe su sueldo, el resto de miembros de la burguesía (el casero, el tendero, el prestamista, etc.) se abalanzan sobre él.

Las pequeñas capas medias existentes hasta ahora, los pequeños industriales, comerciantes y rentistas, los artesanos y los campesinos, todas estas clases caen en el proleta-



riado, en parte porque su escaso capital no basta para poner en marcha una gran industria y sucumbe ante la competencia de los capitalistas de mayor envergadura, y en parte también porque su habilidad ha perdido valor ante los nuevos modos de producción. Así es como el proletariado va reclutando miembros de entre todas las clases de la población.

El proletariado pasa por diferentes fases de desarrollo. Su lucha contra la burguesía comienza desde el momento mismo en que nace.

Al principio, los obreros luchan por separado. Más tarde, lo hacen en una fábrica; después, todos los de un sector productivo en una localidad se levantan contra el burgués concreto que los explota directamente. Dirigen sus ataques no solo contra las relaciones burguesas de producción, sino también contra los propios instrumentos de producción; destruyen las mercancías extranjeras que suponen una competencia, arrasan las máquinas, incendian las plantas, tratan de recuperar la posición del trabajador medieval ya perdida.

En esta fase, los obreros constituyen una masa dispersa por todo el país y desunida por la competencia. La cohesión masiva de los trabajadores no es todavía la consecuencia de su propia unión, sino de la unión de la burguesía, que, para alcanzar sus objetivos políticos, se ve obligada a movilizar a todo el proletariado, algo que, por el momento, aún está en condiciones de hacer.

Así pues, en esta etapa, los proletarios no luchan aún contra sus enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos: lo que queda de la monarquía absoluta, los terratenientes, la burguesía no industrial, los pequeñoburgueses. Todo este movimiento histórico, por tanto, se concentra en manos de la burguesía: cada victoria alcanzada es una victoria de la burguesía.

Pero con el desarrollo de la industria el proletariado no

solo crece, sino que se reúne en masas más amplias y aumenta su poder, del que es cada vez más consciente. A medida que la maquinaria va borrando las diferencias del trabajo y hunde el salario hasta un ínfimo nivel prácticamente en todas partes, los intereses y las condiciones de vida de los diferentes obreros se parecen cada vez más entre sí. La creciente competencia entre los propios burgueses y las consecuentes crisis comerciales hacen fluctuar en mayor medida el sueldo de los trabajadores; las constantes y cada vez más rápidas mejoras de las máquinas provocan que toda la existencia sea cada vez más precaria; los choques entre un obrero concreto y un burgués concreto adquieren cada vez más el carácter de un choque entre dos clases. Los trabajadores empiezan a crear coaliciones contra los burgueses. Se unen para defender sus salarios. Fundan asociaciones estables con el fin de estar preparados para cualquier posible rebelión. Aquí y allá estalla la lucha en forma de motines.

De cuando en cuando los obreros ganan, pero solo de forma temporal. El verdadero resultado de sus combates no es el éxito inmediato, sino la unión de los trabajadores, cada vez más amplia, gracias al creciente número de medios de comunicación creados por la gran industria, que ponen en contacto a obreros de diferentes lugares. Este contacto es suficiente para centralizar las abundantes luchas locales, que en todas partes presentan un mismo carácter, en una sola lucha de clases nacional. Pero toda lucha de clases es también una lucha política. Y los proletarios modernos consiguen, en apenas unos años, y gracias al ferrocarril, esa unión para la que los ciudadanos de la Edad Media, con sus caminos vecinales, precisaron, en cambio, siglos y siglos.

Cada cierto tiempo, esta organización de los obreros en una clase y, por tanto, en un partido político se disuelve debido a la competencia que existe entre los propios traba-

jadores. Pero renace una y otra vez, cada vez más fuerte, más firme, más poderosa. Aprovechando las divisiones entre los burgueses, obliga a proteger por ley ciertos intereses específicos de los obreros, como ha ocurrido en el caso de la Ley de las Diez Horas de Inglaterra.\*

Las colisiones dentro de la antigua sociedad en general favorecen en buena medida el desarrollo del proletariado. La burguesía se encuentra en una lucha constante: al principio, contra la aristocracia; más tarde, contra aquellos miembros de su propia clase cuyos intereses chocan con el avance de la industria; en todo momento, contra la burguesía del resto de los países. En todas estas luchas se ve obligada a apelar al proletariado, a reclamar su ayuda y a involucrarlo en el movimiento político. De este modo, le proporciona sus propios elementos educativos, es decir, las armas que al final se volverán contra ella.

Por otra parte, como ya hemos visto, con el avance de la industria grupos enteros de la clase dominante se ven arrojados al proletariado o, al menos, sienten amenazadas sus condiciones de vida. También ellos proporcionan a los obreros abundantes elementos educativos.

Finalmente, en aquellos momentos en los que la lucha de clases se acerca a su desenlace, el proceso de disolución dentro de la clase dominante, dentro de toda la sociedad antigua, adquiere un carácter tan violento, tan intenso, que una pequeña parte de esa clase dominante decide apartarse de ella y unirse a la clase revolucionaria, la clase en cuyas manos está el futuro. Al igual que en el pasado una sección de la nobleza se pasó a la burguesía, ahora una sección de la bur-

\* Ley aprobada en 1847, por la que se limitaba en las fábricas la jornada laboral de las mujeres y de los menores de dieciocho años a diez horas diarias, de lunes a viernes, y a ocho horas diarias los sábados. (*N. de la t.*)

guesía se pasa al proletariado: especialmente, una sección de los ideólogos burgueses que han logrado alcanzar la comprensión teórica del movimiento histórico en su conjunto.

De todas las clases que se enfrentan hoy a la burguesía, el proletariado es la única verdaderamente revolucionaria. Las demás entran en declive y acaban hundiéndose ante la gran industria, de la que el proletariado es el producto más genuino.

Las capas medias, los pequeños industriales, los pequeños comerciantes, los artesanos, los campesinos... todos ellos luchan contra la burguesía para salvar del abismo su existencia como clases medias. Por eso no son revolucionarias, sino conservadoras. Es más, son reaccionarias, ya que buscan dar marcha atrás en la historia. Y, si acaso son revolucionarias, es porque están a punto de convertirse en proletariado, así que no defienden sus intereses actuales, sino sus intereses futuros, y, en consecuencia, abandonan su propio punto de vista para adoptar el del proletariado. A veces, el lumpemproletariado, esa podredumbre pasiva situada en la escala más baja de la antigua sociedad, se ve empujado a moverse ante el ímpetu de la revolución proletaria, pero, en vistas de sus condiciones de vida, se mostrará más dispuesto a dejarse sobornar para participar en intrigas reaccionarias.

En las condiciones de vida del proletariado ya no queda nada de las condiciones de vida de la antigua sociedad. El proletario carece de propiedades; su relación con su mujer y sus hijos no tiene nada que ver con la de la familia burguesa; el trabajo industrial moderno, el moderno sometimiento al capital, que es el mismo en Inglaterra, en Francia, en América y en Alemania, le ha arrebatado todo su carácter nacional. Las leyes, la moral y la religión son para él ideas preconcebidas burguesas, tras las que se ocultan otros tantos intereses burgueses.

Todas las clases que en el pasado conquistaron el poder trataron de asegurarse la posición que habían alcanzado sometiendo a toda la sociedad a las condiciones que necesitaban para obtener sus ganancias. Los proletarios solo pueden conquistar las fuerzas productivas sociales si acaban con el modo de apropiación que han mantenido hasta ahora, y, por ende, con todo el modo de apropiación que se ha mantenido hasta ahora. Los proletarios no tienen que asegurar ninguna propiedad, sino destruir todas las seguridades y los seguros privados que han existido hasta la fecha.

Todos los movimientos pasados han sido movimientos impulsados por minorías o en interés de minorías. El movimiento proletario es el movimiento autónomo de la inmensa mayoría en interés de la inmensa mayoría. El proletariado, la capa más baja de la sociedad actual, no puede levantarse, no puede alzarse, sin hacer saltar por los aires toda la superestructura de capas que constituyen la sociedad oficial.

No obstante, la lucha del proletariado contra la burguesía es, en un principio, una lucha nacional, no ya por su contenido, sino por su forma: como es evidente, el proletariado de cada país debe acabar en primer lugar con su propia burguesía.

Al trazar las fases más generales del desarrollo del proletariado, le hemos seguido la pista a una guerra civil más o menos encubierta que se está librando dentro de la sociedad actual, hasta el momento en que estalla en forma de revolución abierta y, a través del violento derribo de la burguesía, el proletariado instaure su dominio.

Hasta ahora, toda la sociedad se ha basado, como hemos visto, en el enfrentamiento entre clases opresoras y clases oprimidas. Sin embargo, para poder oprimir a una clase es preciso garantizarle las condiciones en las que, al menos, le sea posible mantener su servil existencia. El siervo consiguió

convertirse en miembro de la comuna dentro del sistema de servidumbre, al igual que el pequeñoburgués se transformó en burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. En cambio, el obrero moderno, en lugar de progresar con el avance de la industria, se hunde cada vez más en las condiciones de su propia clase. El obrero se empobrece y su pobreza crece aún más rápidamente que la población y la riqueza.

Con ello, se pone de manifiesto que la burguesía es incapaz de seguir siendo la clase dominante en la sociedad y de imponer a esta sus condiciones de vida como ley reguladora. Es incapaz de dominar porque es incapaz de garantizarle a su esclavo su propia existencia dentro de su sistema de esclavitud, porque se ve obligada a rebajarlo a una situación en la que es ella la que tiene que alimentarlo, en lugar de ser alimentada por él. La sociedad ya no puede seguir viviendo bajo la burguesía. Dicho de otro modo, la vida de la burguesía ya no es compatible con la sociedad.

La condición fundamental para la existencia y la dominación de la clase burguesa es la acumulación de la riqueza en manos de ciudadanos particulares y la creación y multiplicación del capital; y la condición para la existencia del capital es el trabajo asalariado; el trabajo asalariado, por su parte, depende únicamente de la competencia entre los propios obreros. Pues bien, el avance de la industria, cuyo portador, carente de voluntad y de capacidad de resistencia, es la burguesía, provoca que el aislamiento de los trabajadores, generado por la competencia, sea sustituido por la revolucionaria unión, generada por la asociación. Con el desarrollo de la gran industria, se va desmoronando el sostén mismo de la burguesía, que le permite la producción y apropiación de productos. La burguesía está cavando ahora su propia tumba. Su hundimiento y la victoria del proletariado serán inevitables.